

INTRODUCCIÓN

“Tan absorbente era la atención que le exigía el preciosismo de su artesanía, que en poco tiempo envejeció más que en todos los años de guerra, y la posición le torció la espina dorsal y la milimetría le desgastó la vista, pero la concentración implacable lo premió con la paz de espíritu”.

Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*.

Este libro trata de la socialidad humana y las relaciones sociales por las que se construyen y reconstruyen colectiva, biográfica e históricamente. Representa un esfuerzo para desentrañar las complejas dimensiones que configuran nuestro complejo quehacer social humano. Eso significa atender la fundamentación relacional de nuestro vivir, tejiendo discursos y representaciones, el mundo de la vida y sus categorías, desde la propia acción social y sus objetivaciones. En especial me importan los procesos y desarrollos que procuran y configuran el vínculo social y la socialidad, garantía de nuestra sostenibilidad biopsicosocial y sociocultural. También la socialización enculturada en los procesos de construcción de las pertenencias, membresías e identificaciones personales y colectivas que estructuran la cohesión social y la inclusión social. Y, todo lo contrario, su reverso más sombrío y oscuro: la exclusión, la dominación y subyugación, la desigualdad, el ejercicio del poder hasta la anulación total. Sin olvidar sus dinámicas alternativas, subversivas, giros y refutaciones: otros mundos son posibles, otras perspectivas también.

El libro es el resultado de un esfuerzo intelectual y una curiosidad sin igual cuyo comienzo puede datarse desde 1991 hasta hoy (Cf. Bibliografía). Este volumen está basado en una revisión y actualización del libro de la propia autora *Etnicidad, identidad, interculturalidad. Teorías, conceptos y procesos de la relacionalidad grupal humana* (2011)¹. Muchas cosas han pasado desde entonces y aunque no caben todas en este voluminoso ejemplar hemos intentado incorporar algunos de los hechos y explicaciones más completas sobre el tema central que nos ocupa: la socialidad y relacionalidad social humanas, sus incardinaciones prácticas y sus consecuencias para los demás en un mundo cada vez más dislocado, pero con una historia detrás.

¹ Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces-UNED.

Para facilitar la lectura y comprensión el libro se ha estructurado secuencialmente en partes y capítulos, y estos últimos en apartados². Así se promueve una visión genealógica (en el sentido, de Nietzsche, pero sobre todo de Michel Foucault) y de conjunto a primera vista, que induce tanto a una lectura lógica secuencial pero también a la posibilidad de variadas entradas y salidas porque los temas remiten unos a otros, pero también pueden leerse después como unidades con significado propio.

Un proyecto de estas dimensiones y estos objetivos necesariamente incluye mucha información, con la intención de abrir nuestras perspectivas y miradas científicas basadas en la necesaria interdisciplinariedad que exige la nueva sociedad de conocimiento. Su intención no es enciclopédica sino ilustrativa de procesos y dinámicas implicados en una visión sistémica y que merecen nuestra atención. Es importante que los árboles nos dejen ver el bosque y viceversa, en un viaje de ida y vuelta.

El libro se divide en ocho partes, con sus consiguientes capítulos y sus respectivos apartados. La estructura permite visualizar enseguida el itinerario intelectual y expositivo –con algunos solapamientos inevitables– siempre desde el objetivo de incorporar la multidimensionalidad y sistemicidad de nuestra *vida-en-relación*, que es garantía de nuestra *humanización*.

La hoja de ruta incluye algunos fundamentos necesarios –aunque no suficientes– para comprender cómo y por qué llegamos a ser seres sociales; de ahí organizar un discurso que incluye las dimensiones filo-ontogenéticas, etológicas, biopsicosocioculturales, históricas y políticas de nuestras condiciones material-simbólicas de producción y existencia social.

1. UN PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN

Para que todo esto sea posible sin morir en el intento, lo que sigue no es un resumen del contenido del libro sino los hitos teóricos en los que se funda este programa de investigación y su materialización en este texto, que aquí presentamos toda esta investigación. Queremos darles esa visibilidad que puede que no se aprecia suficientemente bajo el análisis discursivo de los distintos temas que componen el libro. Creo que es importante saber cuáles son las herramientas epistemológicas y las decisiones que tomamos con respecto a las orientaciones teóricas, perspectivas y casos etnográficos, históricos y datos, que manejamos y que han permitido este resultado. Porque no lo olvidemos, nuestro propósito es indagar en la socialidad y relacionalidad humanas. Y de una manera capital en los procesos identitarios y alteritarios a partir de prácticas clasificatorias y evaluativas, identificaciones, adscripciones, pertenencias y membresías socialmente reconocidas e instigadas. Lo que se describe a continuación es el elenco de recorridos que he considerado oportunos y necesarios para llevar a cabo esta agenda de investigación. Aquí el fin justifica los medios.

² No todas estas rúbricas tienen la misma densidad comparativamente, pero eso son gajes del oficio y de la selección de la autora.

2. CIENCIAS SOCIALES, ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Este es el campo disciplinar en el que se encuadra este trabajo. Creemos que no se circunscribe a la Antropología social como Ciencia Social, sino a todas aquellas subdisciplinas de un campo amplio y variado como este y que conecta con otras de forma osmótica, aunque no necesariamente académica.

En cuanto a la orientación antropológica, la nuestra es deconstructiva, crítica y holística como veremos a continuación, donde los hitos que señalamos giran en torno a una perspectiva eminentemente social, aportando ideas y paradigmas que completan e incluso cuestionan la orientación sociocentrista y culturalista que a veces caracteriza a nuestro campo de estudio e investigación.

En ese sentido, procuramos que el Etnocentrismo que caracteriza nuestras prácticas e ideologías no se nos cuele por la puerta trasera, pendientes siempre de controlar la injerencia pertinaz de nuestras propias categorías euro-occidentales en el discurso. Abogamos por una visión descentrada y pluricultural, sin menoscabo de algunas características que nos definen como especie y organismo biosocial.

3. INTERDISCIPLINARIEDAD

Se dice que estamos siempre atrapados por las categorías que utilizamos para comprender y actuar en el mundo, los mundos. Buena parte de lo que es hacer *Ciencia* implica encontrar nuevas formas de enfocar las cosas, nuevas relaciones analíticas, categorías, articulaciones, a partir de nuevos paradigmas para repensar nuestra propia disciplina desde la *intertextualidad* y el *entrepensar*. En el caso de mis propios derroteros intelectuales y académicos esta interdisciplinariedad o me proporcionaba una integración intelectual y analítica o no me servía para ir más allá de la erudición enciclopédica. Sin tener que seguir a pies juntillas sus propias propuestas y sujeciones profesionales y académicas, me han servido como inspiración, como ventanas abiertas y nuevas sendas por descubrir y explorar para una mayor comprensión de nuestra humanidad-en-relación. En esa medida creo que lo importante no son tanto las respuestas como plantear las preguntas más relevantes y pertinentes, orientando las pesquisas hacia unas direcciones más provechosas y atractivas y no otras.

El estudio de(l) *lo humano*, como organismo biosocial multidimensional, cruza una gran cantidad de disciplinas. Pero no nos interesa una yuxtaposición de saberes, un poco de aquí y otro de allá, un eclecticismo supuestamente erudito que adorna más que apunta a lo que nos interesa: cómo los humanos nos convertimos en seres sociales mientras construimos –con los demás– nuestras propias condiciones de existencia, un marco para el desarrollo y práctica de nuestra socialidad. Esta relación no es circular sino de bucle y no vuelve al principio exacto: la Historia no se repite nunca, pero se parece, se vuelve exactamente al principio.

Esta interdisciplinariedad se comprende desde un holismo que necesita expresarse de algún modo. El lenguaje es secuencial, no da pie a la fusión creativa mientras no inventemos un nuevo término que aglutine un conjunto de significados ensamblados y que, por su puesto, se incorpore al reconocimiento y uso de una comunidad epistémica. Por tanto, tenemos que conformarnos con denominaciones compuestas algo

rocambolescas. La definición del sujeto social como *persona* nos obliga a citarlo como *organismo biopsicosociocultural e histórico-político*. A la espera de otra solución mejor, me temo que nos acompañará sin remedio a lo largo de este texto.

Si la Antropología social debe considerar otras ciencias, no menos estas deben integrar lo mucho que pueden aportar los y las antropólogos sociales y culturales. Sólo así podremos ofrecer lo mejor que tenemos y, de paso, reorientar el camino por el que se desliza buena parte de la práctica tecnocientífica actual hacia la desubjetivización y comodificación de lo humano, muy en línea con muchos de los proyectos políticos e instrumentales dominantes en la posmodernidad tecnologizada y post-humana que nos está tocando vivir³. Para ello es necesario deconstruir aquellas epistemologías que producen teorías reduccionistas, deterministas y lineales, fundadas en el dualismo y un conocimiento que deja fuera lo más relevante e interesante.

La Antropología, como actividad de producción de saber, ha de interesar a la comunidad científica general y a programas de investigación como los de la Evolución Humana, las Ciencias Cognitivas, las Ciencias del Desarrollo, la Neurobiología del conocimiento social, los estudios sobre Conciencia, la Biotecnología, el programa de Ciencia, Tecnología y Sociedad, etc. Estos son campos que no sólo necesitan una Antropología social y cultural sino una Antropología *biosociocultural* (Cf. *Infra*) que trabaje la multidimensionalidad de *lo humano*, como ocurre en los estudios intersectoriales sobre cuerpo, poder, género, sexualidad e identidades étnicas/racialistas.

4. BIOSOCIOCULTURALIDAD HUMANA

La disyunción entre Naturaleza y Cultura, histórico dualismo recalcitrante de la tradición filosófica occidental que ha orientado múltiples parcelas del saber erudito como popular cotidiano, ha sido uno de los paradigmas más nefastos para la integración bio-social/biocultural tanto en las Ciencias de la vida como en las Humanidades.

La Historia de la Antropología, particularmente en Europa, ha dado la espalda sistemáticamente a las *Ciencias de la vida*. En primer lugar, por su insistencia en el relativismo cultural y el *sociocentrismo* en un momento necesario de redescubrimiento de otras formas de convivencia colectiva más allá del *Eurocentrismo* política y científicamente dominante. La *Cultura* fue entendida por los antropólogos como reguladora de una *no-humanidad* atrapada en lo biológico. Pero también en respuesta a una Biología dominada por un determinismo genético adaptacionista que pretendía explicar tanto las similitudes como la diversidad humana por medio de la actividad de esas cosas pequeñas, los genes, el *alfabeto* que se decía construye nuestros cuerpos (Cf. Ramírez Goicoechea, 2013).

Así se reforzó y continuó reproduciéndose la brecha entre Ciencias de la vida y Humanidades/Ciencias Sociales, que sigue lastrando una práctica teórica y científica que ilumine suficientemente la comprensión de la fascinante complejidad humana.

³ Cf. Appadurai, 1991; Hannerz, 1992; Rabinow, 1996; Haraway, 1990, 1991; Strathern, 1992.

Los biólogos han de mirar a la Antropología (Ingold, 1990) y los antropólogos a la Biología (Hinde, 1991)⁴.

Tampoco la Antropología social puede ignorar los procesos biológicos en la constitución de lo humano, sobre todo desde los nuevos planteamientos de una Biología *postgenómica*. También incorporar la evolución humana como proceso dinámico de articulación biocultural en contextos de oportunidad y recomposiciones creativas desde estructuras cooptadas pero innovadas (Cf. Ramírez Goicoechea, 2013). Sólo desde esta reflexión podrá la Antropología redefinir un espacio empírico y teórico integrado en conexión con otras disciplinas complementarias pero imprescindibles. Todo ello permitiría avanzar en la apuesta por unas *Biohumanidades* como ámbito propio de este proyecto interdisciplinar integrador (Stotz y Griffiths, 2008)⁵.

Al fin y al cabo, *lo sociocultural* no es un añadido a la biología, sino la posibilidad misma de nuestra propia humanidad. En nuestra especie, no hay tal cosa como *la naturaleza humana* previa o independiente de lo *sociocultural*: la *cultura* no empieza cuando termina la evolución biológica, sino que es simbiótica con ella y esta sólo es posible gracias a su localización y temporalidad particular en formas concretas. En Tim Ingold (2000, 2011) hemos tenido desde siempre un pionero en la defensa de la bioculturalidad humana.

5. EVOLUCIÓN HUMANA. HOMINIZACIÓN

La socialidad humana no es una *singularidad*: tiene una historia filogenética y de desarrollo en nuestra especie, como veremos más adelante al estudiar la hominización de nuestra ontogenia.

Lo importante aquí es que antropólogos y antropólogas tienen que comprender la evolución como un proceso complejo biosociopsicocultural, relegando el lastre de tantos dualismos obsoletos a la papelera (Naturaleza-Biología/Sociedad-Cultura; Cuerpo/Mente, etc.; Cf. capítulos 5 y 6). Tanto las Ciencias Sociales como las llamadas *Ciencias de la vida* han de plantearse esta cuestión seriamente en el estudio de cómo llegamos a convertirnos en seres humanos.

También es necesario abrir las teorías evolutivas *standard* a una Biología no genéticamente determinista, condición necesaria (aunque no suficiente) para incorporar a una Antropología *renovada* teórica y prácticamente, de forma que los procesos y factores socioculturales sean considerados en su especificidad fenomé-

⁴ "Las relaciones entre Naturaleza y Cultura/Sociedad, son autopoieticas en la evolución y ontogenia humanas. En el caso humano, con el mundo de *lo natural* no hay relación de-socializada, a-culturizada. La construcción de *lo natural*, como entorno, está inextricablemente unida a la construcción propia de lo social y viceversa (Luhmann, 1995). Por lo mismo, no hay socioculturalidad sin procesos biológicos, orgánicos y hormonales que puedan constituirla. Independiente mente de las regularidades del mundo fenoménico y de nuestras predisposiciones corporometales, para los humanos, toda naturaleza es una naturaleza *culturizada*, semantizada, que incorpora una plausibilidad psicológica y los modos eficientes de construir un entorno (Ramírez Goicoechea, 2013:227).

⁵ Como el caso de una *Neuroantropología* (Cf. Lende y Downey, 2012).

nica y en su relación compleja con otros procesos evolutivos y no como subproductos de la evolución genética.

Según Jon Marks (2003) las ideas de Darwin pueden ser de interés para las Ciencias Sociales siempre y cuando reconozca la diversidad humana, se apliquen los datos de la primatología, se renuncie a una genética conductista burda, se cuestione el concepto de adaptación, y se sea culturalmente sensible. Una perspectiva evolutiva compleja de los sistemas socioculturales en términos de generación de la variabilidad, transmisión de información, interpretación, como una selección operativa que oscila de entre la sostenibilidad, la desviación y la incertidumbre, el cambio y la innovación, podría ser aceptable para contrarrestar el determinismo adaptacionista (Dietz y Burns, 1992). Se puede ser darwinista sin ser determinista (Durham, 2003).

Todos podemos ser darwinianos y reconocer la importancia de la selección natural junto con otros mecanismos evolutivos. También en reconocer que provenimos de organismos que, impropriamente hablando denominamos como nuestros antepasados (como si se tratara de nuestra línea de parentesco familiar). Pero no podemos eludir la especificidad empírica y disciplinar.

El ser *humano moderno* no es sólo producto de una evolución filogenética, sino de una construcción articulada localmente (en el tiempo y en el espacio), a partir de unas potencialidades (sensoriomotrices, neurofisiológicas, comunicativas, relacionales, emocionales, cognitivas) que sólo se expresan como capacidades durante el desarrollo ontogenético que se da en un entorno sociocultural concreto, es decir, en un proceso de *humanización*. En nuestra especie, no hay tal cosa como *la naturaleza humana* previa o independiente de lo sociocultural (Geertz, 1973:49). Por tanto, es imprescindible contar con aquellos procesos por los que un individuo *deviene* ser humano, *persona*, instancia de la especie, sujeto reconocido y partícipe de una comunidad cultural determinada, a lo largo de su curso vital, que *incorpora* un proceso de vida biopsicosocioculturalmente construido (Ingold, 1990 y 1991).

La unidad biopsicosocial de la humanidad sólo puede expresarse desde la localidad histórica y socioculturalmente encastrada *en el cuerpo*. Los universales están siempre especificados. *Diversidad* y *generalidad* pueden encontrarse a todos los niveles empíricos y fenoménicos. Dependen de la escala, la perspectiva, los intereses analíticos y la dimensionalidad del propio proceso o fenómeno.

6. ETOLOGÍA Y PSICOLOGÍA COMPARADA

El progresivo conocimiento sobre las destrezas cognitivas y sociales de animales-no-humanos (ANH), ha permitido cuestionar aquellas ideologías filosóficas, políticas y científicas estancadas en el supremacismo humano y el especismo, que gusta de ponernos si no en el ombligo del mundo, en la cúspide de la sapiencia.

Cada día la investigación no adaptacionista ni conductista en animales-no-humanos nos descubre nuevas destrezas, capacidades, habilidades, en una gran panoplia de áreas y dominios y que nuestro antropocentrismo nos ocultaba hasta ahora. Somos muchos los adeptos a los *Documentales de la 2*, de la británica BBC y de nuestro querido señor Attenborough, además de otras tantas múltiples producciones para nuestro conocimiento sobre la biodiversidad del planeta y la distribución no lineal del

conocimiento y las aptitudes. Afortunadamente los enfoques neodarwinistas de la *lucha por la vida* y el éxito del más fuerte a los que nos habían acostumbrado ya son cada vez menos frecuentes.

Nos interesaba conocer sus capacidades exploratorias e instrumentales, estrategias y estructuras sociales, jerarquías y dinámicas de poder, tipos de colaboración y conflicto, el reconocimiento y manipulación de congéneres y la evitación de sus depredadores; también sus prácticas de crianza, no sólo de protección y sustento nutricional y afectivo, sino la manera de introducirles en las destrezas necesarias para coexistir con el ecosistema social del que las crías formarán parte, sus capacidades exploratorias instrumentales.

Una comparación con otros animales no humanos, particularmente los primates –aunque también cetáceos, otros mamíferos y otros vertebrados– nos aporta una información y una perspectiva descentrada de nuestro omnipresente antropomorfismo. Hay mucho que aprender sobre la evolución de las capacidades distribuidas en mosaico entre las distintas familias y especies del *reino* animal y en relación a sus distintos contextos ecosociales.

La pregunta no es cuánto se parecen a nosotros sino cuánto nos reconocemos en ellos, animales-no-humanos. Etológicamente, ¿sabemos que somos singulares, pero hasta qué punto?

7. DESARROLLO HUMANO. HUMANIZACIÓN Y APRENDIZAJE

Alguien se pregunta cómo devenimos en *humanos*, sujetos sociales en relación, *enculturados* en el seno de entornos socializantes que nos convierten, de diversas maneras de independencia y agencia, en miembros partícipes constructores del mundo de la vida que definirá nuestra identidad social personal reconocida por el grupo humano que nos cobija? Para comprender los enredos y entretelas de lo personal biográfico con las formas de socialización personal y colectiva en sujetos sociales-en-relación nos hemos dejado influenciar por las teorías de Sistemas en Desarrollo, cuyo enfoque permite desencializar los orígenes y atender a las germinaciones, emergencias, evoluciones y *anidamientos* en estructuras psicobiológicas novedosas o ya existentes.

Esto implica prestar atención a la ontogenia humana, dentro del campo interdisciplinar de las Ciencias del Desarrollo. Nuestras capacidades y nuestra condición de *humanidad* (etnográficamente diversa) se gestan y elicitán en procesos biopsicosociales contextualizados sociocultural, histórica y económico-política, siempre en relación a patrones de maduración específicas de nuestra especie. No nos convertimos en humanos por generación espontánea, ni siquiera por nuestra anatomía y biología. Pertenceremos a la especie humana, pero *todavía* no somos “humanos” –en el sentido de su significado etnográfico y sociocultural diverso–. Desde antes del nacimiento y a lo largo del curso de vida, pero especialmente en la infancia y la niñez, la pubertad, la adolescencia y la juventud es cuándo y cómo vamos construyéndonos como *humanos*, especie sociocultural en relación, reconocidos y categorizados como miembros de una comunidad de prácticas epistémicas y categoriales, de imaginarios comunes, regímenes morales y emocionales. Si las Ciencias Sociales han sido siempre antropocéntricas, ahora decimos que también han sido adultocéntricas. Es en el contexto participativo

socializante cómo y cuándo, donde se produce nuestro proceso de *humanización*, un proceso biopsicosociocultural que nos hace *personas*. Y por eso nos parecen importantes las culturas de crianza y parentalidad, porque enfocan y dirigen el acceso progresivo a una enculturación que dará forma a su construcción como partícipe de un conjunto humano particular e idiosincrático. Por eso hemos dado preeminencia en diversos capítulos y apartados a los procesos de aprendizaje informal como formas de socialización basados, más que en la instrucción, en la co-presencia y observación participante en contextos de intersubjetividad.

En esa línea he explorado las teorías del vínculo, del apego social y la génesis de la intersubjetividad, como precursores sociocognitivos y emocionales de la familiaridad, la identificación. Pero también las bases del extrañamiento y la distancia social. El desarrollo del conocimiento social en la infancia y sus mecanismos de *social referencing*, el descubrimiento guiado, las formas del *entrepensar* en el contexto dialógico de las relaciones entre niño/a y cuidador/a/es/as fue necesario para comprender cómo construimos progresivamente y adaptado a cada etapa del desarrollo el universo de proximidad y lejanías sociales en la construcción de las categorías cognitivoafectivas del mapa relacional y el pequeño mundo de sentido común, así creado y configurado con el que vamos participando y aprendiendo progresivamente.

La Antropología, la Psicología y la Psicología cultural han contribuido a descenarnos de una visión demasiado occidentalizada de estos procesos, sobre todo en áreas tan presentes en este trabajo como el cuidado infantil, la construcción de la intersubjetividad, la socialización enculturada y el aprendizaje, el conocimiento y la emocionalidad.

8. CONOCIMIENTO SOCIAL

Si queremos comprender muchos aspectos de nuestra relacionalidad humana hay que conocer el ámbito de las clasificaciones sociales (quién es quién, cómo, por qué, en qué circunstancias, bajo qué sistemas categoriales), socialmente generadas sobre *lo social* y sus actores, situarlos en la cartografía moral y afectiva de nuestros próximos y lejanos, en todos sus tramos y dinámicas de adscripción.

La necesidad de contar con una teoría del conocimiento social y sus categorías requirió explorar parte del programa de investigación de las Ciencias Cognitivas, sobre todo las neurociencias de la cognición social (imitación, reconocimiento de caras, expresión de emociones, memoria). Lejos del cognitivismo burdo tan extendido, sólo una propuesta integradora de la cognición, la acción y la emoción, una teoría de las categorías de vida enraizadas en la experiencia, la praxis y la corporalidad, individual y colectiva, me permitirían profundizar en los procesos de construcción de la adhesión, el apoyo, la movilización de las personas y grupos, las lealtades, en torno a determinados programas políticos y sociales sobre la identidad y la alteridad. Encontré en las teorías del conocimiento incorporado (*Embodiment*) una herramienta para comprender la articulación entre las subjetividades y sus voluntades con las estructuras políticas y propagandísticas de construcción identitaria/alteritaria.

La neurociencia del conocimiento social (imitación, reconocimiento de caras, expresión de emociones, empatía, teoría de la mente, memoria y compartición

activa de experiencias...) en conjunto con una teoría integradora del conocimiento, la emoción y la acción, una teoría de las categorías de vida enraizadas en la experiencia, la praxis y la corporalidad (*embodiment*), nos ayudan a dar cuenta tanto de la identificación, seguimiento y adhesión a determinados proyectos economicopolíticos e ideológicos de discriminación social, así como a aquellos otros que los contestan e impugnan.

9. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA Y ECONOMICOPOLÍTICA

Otra ampliación de la perspectiva me llevó a revisar nuevamente la Historia, la madre de todos los saberes (perdón por la Filosofía). Pero no la política, sino la social, aquella historia de la *longue durée* (Braudel, 1995), así como la Escuela francesa de los *Annales*, en su aproximación interdisciplinar holística y social de la Historia, atenta a los procesos y estructuras sociales, mentalidades y prácticas culturales, y que ha tenido tanta influencia en la construcción de una *Antropología histórica* (Cf. Dieste y Coello de la Rosa, 2016). Una nueva Historia *conectada*, aquella que se fija en las relaciones y redes internacionales, trasnacionales, interculturales, en y a lo largo de los siglos me ha ido proporcionando algunas claves para trascender la mirada desde la *Modernidad* excesivamente etnocentrada. Por eso la introducción de ejemplos y datos de distintas épocas históricas y centros *civilizatorios*.

De otra parte, aunque hemos daremos gran importancia a los sistemas de clasificación, conocimiento y evaluación social, las dimensiones sociomateriales de nuestra humanidad no pueden ser escamoteadas: no podemos separar los procesos y fenómenos sociales de las estructuras económico-políticas que subyacen y dan forma a nuestras relaciones históricamente situadas. Por eso rescatamos el término de *Economía Política*⁶ aquel dominio de la materialidad cuyo valor reside en el trabajo y que incorpora las relaciones de explotación, dominación y poder que atraviesan nuestras formas de organización social y condiciones de existencia. Pero sin desanclar estos procesos de las dimensiones representacionales y clasificatorias –por tanto, simbólicas– que las informan y justifican, que a su vez pueden contribuir a cambiarlas. Las estructuras económicas y de poder no están ontológicamente exentas de los elementos valorativos, éticos, normativos, ideográficos, categoriales y representacionales que las impregnan, orientan y pretenden legitimarlas evitando el conflicto social. Por eso hablamos siempre de *prácticas materialsimbólicas*, sin reducir lo económico a la *infraestructura* y lo simbólico a la *superestructura* como defendió el estructuralismo marxista (no *marxiano*).

¿Cuántas veces hemos reflexionado sobre el trabajo humano incorporado en los tesoros del Hermitage, en San Petersburgo, o en tantos objetos expoliados y alojados en el *British Museum*, o en las construcciones megalómanas como las Pirámides

⁶ Introducido en el siglo XVIII en el debate filosófico y social que remite a Adam Smith, Ricardo, Malthus y, en lo que aquí nos interesa, Karl Marx. Lo que otorga especificidad a esta línea de pensamiento es que el valor de lo económico reside en el trabajo. Y en el caso específico marxiano, en el trabajo como fuente del valor económico, inserto en unas relaciones sociales y técnicas de producción caracterizadas por una propiedad desigual de los medios de producción.

de Egipto, el Taj Majal, las calzadas romanas o el Valle de los Caídos en El Escorial (Madrid)? ¿Cuánta explotación para generar estas inmensas riquezas a costa del menosprecio de las necesidades vitales de la fuerza de trabajo si no de su esclavización? ¿Cuántas mujeres, niños, ancianos, en la trastienda de los logros de la Revolución Industrial en la Inglaterra del siglo XIX, cuyo objetivo de productividad y riqueza se enmascaraba bajo el relato del *progreso*? ¿De quiénes, para quiénes? No son cosas del pasado. ¿Cuánta enajenación, enfermedad, pobreza, miseria e injusticia, se esconden tras estas obras *ilustres* de los hombres? También en el mismo presente de nuestros días. Obras faraónicas para potenciar el prestigio internacional de un país mediante la promoción de su imagen y el lavado de cara de su sistema político. Nos viene a la memoria, como tantos otros ejemplos, el Mundial de Fútbol 2022, organizado desde el estado de Catar y en cuya construcción han perdido la vida, según agencias y ONGs internacionales, más de 6.500 trabajadores inmigrantes procedentes del Sudeste asiático, trabajando en condiciones de semiesclavitud. Pero también el disfrute de tantos aficionados del mundo que no quieren reparar en el precio humano que hay detrás del espectáculo. *Panem et circem* se decía para distraer al pueblo romano de otros problemas reales más acuciantes.

10. TEORÍAS DE SISTEMAS COMPLEJOS

¿Cómo comprender las prácticas sociales, sus dinámicas, configuraciones y objetivaciones como acoplamientos más o menos precarios o duraderos, en medio de fuerzas centrípetas y centrífugas de cambio y permanencia?

¿Cómo conjugar el engarce de lo próximo personal cotidiano, la experiencia biográfica subjetiva de categorías de vida con lo más distal y macrológico de las estructuras políticas, económicas, demográficas y clasificatorias, delimitando espacios de maniobra para la adhesión o la resistencia?

¿Cómo es que la gente comparte significados, pero no del todo, incorporándolas a menudo como motivaciones, intenciones, adscripciones emocionales propias? ¿Qué significados polisémicos están imbuidos en las palabras, en los objetos, en las objetivaciones sociales como externalizaciones que se nos imponen como si fueran hechos, objetos, independientes de nuestra actividad y voluntad?

¿Cómo articulamos la agencia y las prácticas con las estructuras, y cómo estas se activan, manejan y transforman —a pesar de su resistencia— y cómo aquellas se fijan y consolidan? ¿Cómo se engarzan y constituyen mutuamente ambos estados posibles, delimitando espacios posibles para la construcción y reconstrucción social de las relaciones humanas?

Todas estas cuestiones apuntan al corazón de la teoría sociológica ampliamente discutidas desde sus inicios. Yo no tengo todas las respuestas, pero entiendo que los procesos humanos no son lineales sino complejos, probables, pero no siempre ciertos. Son estocásticos: no hay relación unívoca entre causa y efecto, y eso lo saben bien los historiadores. Hay selección dentro de una aleatoriedad limitada de posibles antecedentes y consecuentes. Los procesos sociales son *previsibles* sólo en términos de probabilidades. La idea es que las cosas siempre pueden ser diferentes dentro de un segmento de posibilidades, pero no cualquier cosa ni a cualquier precio.

Para entender estos enredos y entretelas de nuestro vivir en lo que parece un caos organizado –o un orden caótico–, hemos explorado las teorías de Sistemas dinámicos complejos⁷. Estas teorías permiten abordar la fluidez de lo social, con sus paradojas, contradicciones y ambigüedades y bifurcaciones desde una perspectiva de desarrollo, que habla de emergencias, evoluciones y *anidamientos*, en estructuras novedosas o reforzando y catalizando otras ya existentes, sin esencializar los procesos, pero recogiendo sus equilibrios puntuados y solidificaciones temporales.

Hemos encontrado en las teorías de la auto-organización y autocreación (*auto-poiesis*) una gran inspiración para repensar lo social en su fundamentación ecosistémica. Las relaciones entre lo global y sus partes, su dinámica autogeneradora, sus proximidades gravitacionales en torno a atractores estructurantes, espacios, itinerarios y decursos posibles para la acción. Un imaginario de pliegues y repliegues, agujeros, mallas y ensambladuras, dinámicas de recursividad, regeneración y monitorización, a múltiples escalas fenoménicas y analíticas, nos permite aproximarnos mejor a cómo creemos es el espacio y tiempo social en sus distintos estados. También en sus oscilaciones entre el orden y el caos.

Aunque todo esto pueda sonar a algarabía ininteligible no hay que asustarse. Se comprenderá mucho mejor al hilo de las interpretaciones y explicaciones de casos y ejemplos concretos que iremos dando a lo largo de este viaje. Buena travesía.

⁷ Las Teorías de Sistemas en Desarrollo han influido notablemente en campos como la Biología Sistémica y Postgenómica, el pensamiento evolucionista no adaptacionista, la Biología del Desarrollo Evolutiva (EVODEVO), la Epistemología Evolutiva, el programa científico de las Ciencias del Desarrollo y, por supuesto, la Antropología Biosociocultural.